



Semana Santa 2024

“Jesús vino y se puso en medio de ellos y dijo: ¡La paz esté con vosotros! Luego dijo a Tomás: Pon tu dedo aquí; mira mis manos. Extiende tu mano y métela en mi costado.” (Juan 20:26-27)

El domingo después de la resurrección, los discípulos se reunieron con las puertas cerradas por miedo (Juan 20:19). Entre los reunidos estaba Tomás. Anteriormente, cuando los apóstoles habían dudado en viajar a Betania por temor a que su asociación con Jesús los llevara a la muerte, fue Tomás quien reunió a los apóstoles y dijo: “Vayamos también nosotros para morir con él” (Juan 11: 16). En la Última Cena, mientras Jesús hablaba de su inminente traición y muerte, fue Tomás quien le preguntó a Jesús: ¿Cómo podremos saber el camino para poder seguirte? (Juan 14:5). Tomás estuvo valientemente dispuesto a seguirlo incluso conociendo el riesgo. Pero con la muerte de Jesús, el camino ya no estaba claro y, como muchos con preguntas honestas, Tomás relacionó la creencia en la resurrección con la experiencia personal. Esa primera Pascua, Jesús salió de una tumba sellada en nombre del mundo y entró en una habitación sellada para llevar la paz del Espíritu Santo y comisionar a sus discípulos.

Como Tomás estamos invitados a conocer a Jesús directa y personalmente. Jesús no es una idea ni una filosofía. Más bien, Jesús ha venido para que usted “tenga vida y la tenga en plenitud” (Juan 10:10). Incluso ahora Jesús ofrece una acogedora invitación a una relación personal. En medio del dolor y la duda que cada uno lleva, si abres tus manos, Jesús te encontrará hoy.

Las heridas de Jesús son lo suficientemente profundas para las heridas de este mundo. En su resurrección pascual, Jesús ofrece paz en medio del dolor. Jesús dijo: “Mira mis manos. Extiende tu mano y métela en mi costado” (Juan 20:27). Las preguntas y el escepticismo no fueron descartados ni rechazados, sino que fueron recibidos y bienvenidos. La transformación pascual ocurre cuando nuestro miedo y duda encuentran las heridas de Jesús. El Siervo Sufriente resucita como el Señor Sanador. Las heridas de Jesús son lo suficientemente profundas como para abarcar el dolor personal, la tristeza espantosa, el aislamiento solitario y los horrores de la explotación, la persecución y la guerra. De las llagas de Jesús fluye la sanación para el mundo.

Al encontrar esas heridas, Tomás, el discípulo valiente, confiesa lo que se necesita hoy: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28). Fue un compromiso personal de una vida transformada cuando Tomás abrazó a Jesús como su Señor. Tomás hizo una proclamación pública al declarar que Jesús era su Dios. La antigua tradición enseña que Tomás llevaría el Evangelio a los bordes occidentales de la India, donde pasó treinta años como testigo intencional antes de morir como mártir. Al sanar sus heridas, Jesús no solo transformó a Tomás, sino que también emitió una bendición que se extiende hasta nosotros hoy: “Bienaventurados los que sin haber visto, han creído” (Juan 20:29). En esa habitación sellada hace casi 2000 años, Jesús declaró que cuando vienes a Jesús hoy, eres bendecido.

Nuestro dolor se transforma en el dolor de Jesús. Vengan todos los que están cansados y todos los que tienen dudas. Vengan todos los que llevan las cicatrices de la humanidad quebrantada y pecadora. Jesús invita a nuestro dolor a tocar sus llagas curativas para que por sus llagas sean curadas las heridas del mundo y vivamos como reconciliadores de la paz. Que esta Pascua, en nombre de la Alianza Mundial Bautista, una familia en 130 países y territorios que ha sido bendecida, recordemos y proclamemos que las heridas de Jesús son la puerta a la paz que sana.